

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Jamás he podido explicarme—pero son tantas las cosas que no logra uno explicarse en su vida!—por qué se avergüenza una población ante el hecho de que en su recinto se verifique una ejecución capital.

Que se experimente una impresión de tristeza, que se excite la sensibilidad, si es natural: porque son las especies sensibles las que determinan los movimientos del ánimo, y la idea de una ejecución va acompañada de una serie de representaciones que nada tienen de alegres y pueden y deben mover a piedad y a compasión. Pero ¿vergüenza? Eso sí que, mírese por donde se mire, no se entiende. Concibo, en una ciudad, avergonzarse del mal estado del piso, ó de las deficiencias en las escuelas, ó...

¿Es que las poblaciones tienen la pretensión de que en su recinto no ha de nacer un criminal, ó que si nace, ha de elegir cuidadosamente otro lugar para llevar a cabo sus fechorías? ¿Es que suponen que si viene un criminal de afuera, no debe tener la desfachatez de cometer el crimen en la ciudad? ¿Es que el cometerse en una ciudad un crimen supone algo en contra de dicha ciudad? ¿Es que no se han cometido, cometen y cometerán (si Dios no lo remedia) crímenes en todas partes?

Y lo donoso consiste en que el crimen, propiamente el crimen, no es lo que abochorna: si nos atenemos a las noticias corrientes, lo que hace el crimen es consternar... La vergüenza y el sofoco empiezan (sigo refiriéndome a las noticias) cuando la ley ha dado su fallo y el reo está próximo a sufrir su castigo.

Nótese que estas protestaciones de vergüenza por el castigo son iguales, trátese del crimen de que se trate, así sea éste el más atroz y horrendo que la mente humana, estremecida, horripilada, pueda concebir. Es decir, que la impresión de la vergüenza se contrae y reduce a la contingencia penal. Si los criminales más audaces y feroces se desatasen dentro de una ciudad y cometiesen los excesos más brutales y no dejasen a nadie a vida, los moradores de la ciudad no tendrían por qué sentir vergüenza, reservándose experimentar la cuando a alguno de esos tigres en forma humana le fuese aplicada la pena merceda cien veces...

Meditando en este extraño fenómeno, que de nuevo me llama la atención con motivo del fusilamiento del carabinierto Zorrilla, he venido a preguntarme: ¿pero será verdad todo eso de la vergüenza de las ciudades? Porque siento, como diría *Azorin*, una vaga y tenue sospecha de que pudiera ser uno de tantos *traisnos*, una de tantas mentiras convencionales que se repiten un día y otro día, y no por eso adquieren consistencia, al contrario.

Los periódicos lo dicen, creyendo contribuir así a que se otorguen los indultos; pero en ningún periódico habrá nadie que esté persuadido de que es menuda para Granada ó para Sevilla, verbigracia, que en sus muros, ó dentro de su cárcel, se alce el patíbulo, dado que tampoco fué padrón de ignominia el que se cometiese el crimen que ocasiona la ejecución.

Jamás he oído a nadie expresar—á título de ciudadano—el menor bochorno por tal causa. Y creo que si alguien lo hiciese, si no nos refamos á caricajadas, al menos nos sonreiríamos. Imagínense ustedes á un honrado droguero, á un pacífico rentista, á un excelente marinero ó cargador de los muelles de Marineda, cubriéndose de rubor porque cada cien años ó doscientos es agarrado un reo en la ciudad.

Otro error común, otra verdadera leyenda, me parece lo de la indignación de las multitudes. Se da la noticia, pongo por caso, de que un monstruo ha estrangulado á una criatura, un hijo ha despachurado los sesos á un padre, una madrastra ha mechado á una niña, un enamorado (!) ha rebanado el pes-

cuezo á su dulce prenda; y á renglón seguido, indefectiblemente, se añade que la multitud indignada quiso lincharles, no consiguiéndolo gracias á la intervención de los agentes de la autoridad... Y al punto me ocurre: ¡milagro! Los agentes de la autoridad, que no suelen lograr evitar que suceda nada malo, ¿evitan con seguridad matemática estos arranques de fiera de la multitud? ¿No es rara casualidad que de tantas veces como la multitud se indigna, no llegue ni una sola á vías de hecho? ¿No será más verosímil suponer que no existe semejante alboroto, que la muchedumbre tiene contraído para estos casos igual escepticismo que para los restantes, que no va más allá del comentario compasivo ó censurador, y que las hortalizas son—á lo sumo—el arma y el instrumento de sus indignaciones supremas?

Hablar de la ley de Lynch aquí, es algo semejante á lo que muy donosamente decía Luis Taboada de los señoritos anglosófilos, que se untaban la cara con manteca para oler á desayuno inglés. Esa ley vigorosa y brutal, hija de la brutalidad y del vigor de un pueblo joven y enérgico, nos caería como á un Cristo un par de pistolas; y así es que no nos cae, ni bien ni mal, y que no veremos aquí un lynchismo para un remedio, así vivamos más años que Matusalem.

Descontemos, pues, la indignación, la vergüenza y otras menudencias que podrían descontarse, y convengamos en que la psicología de las multitudes aquí ha cambiado de todo en todo, desde los tiempos en que se arrastraba por las calles, atándoles una soga á los pies, á los reos políticos—nunca á los reos de delitos comunes, conste.

Indefectiblemente, esas multitudes tan indignadas al conocer el crimen, se inundan de piedad y misericordia al saber, no ya que un reo ha sido condenado á muerte, sino sencillamente que va á verse su causa. El que antes era el enemigo del género humano, se convierte en el pobrecillo, desgraciado y, esto es infalible, desequilibrado, perturbado, irremediable. La opinión gira sobre sí misma con mayor facilidad que un trompo. Y yo juraría que no ha girado; que ni al principio existía verdadera cólera vengadora, ni mucho menos hay después ese derroche de sensiblería. Cada cual va á sus asuntos; al gunas comadres del barrio charlan entre sí; el abogado defensor bate unas cuantas pompas de jabón y las lanza al aire, para lograr la satisfacción de amor propio de sacar absuelto ó indultado, si le condenan, á su defendido; y aquí paz y después gloria... ó lo que fuere. Estamos en el secreto.

Mientras en la tierra se dificulta cada vez más la conquista del sentido común, la conquista del aire parece lograda.

Lo que se pensó obtener por medio del globo, va á conseguirse por el aeroplano. ¡Llor á los valerosos, infatigables aviadores, que con quebranto de su hacienda, con riesgo inminente de su vida, con sacrificio de ella tantas veces, se han acercado á este descubrimiento de incalculable trascendencia!

Honran á la humanidad estos generosos pilotos de los aeroplanos, los Wright, los Farman. No han conseguido todavía el triunfo definitivo; pero se cree, y afirman los inteligentes, que en principio está resuelto el problema, y que todo es ahora cuestión de ensayos reiterados, de continuas tentativas para aprovechar y ensanchar el terreno conquistado ya para la magna empresa. Es una victoria del ideal, pues ciertamente sólo un idealismo pudo guiar á los primeros luchadores; ahora vendrá la realidad á grabar su sello y á transformar á los Icaros soñadores en prácticos é industriales. Se organizarán los viajes aéreos—el *sport* aéreo ya se ha organizado.—En Lila, un grupo de jóvenes deportistas, haciendo una infidelidad á la motocicleta y al artilugio trepidante, han fundado una escuela de vuelo.

En el enorme patio de una antigua fábrica abandonada instalaron su campo de maniobras. El aprendiz de aviador se eleva en un aeroplano, sujeto á una cuerda de unos cien metros de longitud, á una altura de unos diez metros del suelo; se pone en movimiento el aparato por medio de un alambre sujeto á un tractor, y ya en el aire el neófito, maneja las palancas que mueven los planos, para aprender los movimientos que le permitan subir, bajar, virar, tornar, cosas todas que me figuro en extremo difíciles; verdad es que yo nunca hubiese inventado el aeroplano, ni siquiera el molinillo de chocolate.

Esto quizás acrecienta mi admiración hacia los inventores, descubridores y científicos en general. Nada admiramos tanto como aquello que nos sentimos radicalmente incapaces de hacer.

Acaso nos hemos dado demasiada prisa á cantar el triunfo del aeroplano sobre el globo dirigible. Leo que también el *Clement Bayard* se luce estos días, evolucionando en París, á vista de todos, durante

cinco horas, asombrando por la precisión de sus maniobras y la seguridad de su marcha. Y en Alemania, otro dirigible, el *Parsifal*, piloteado por el capitán von Keller, estuvo en el aire largo tiempo y sólo descendió al levantarse una espesa niebla que le ponía en peligro. El ministro de la Guerra lo ha comprado y ha pagado por él la bonita suma de trescientos setenta mil francos. Y de Nueva York—¿de dónde había de ser?—nos llega la noticia—espero que no será filfa ó *humbug*—de hallarse establecida una Sociedad para fundar el servicio de globos dirigibles para el transporte de viajeros y mercancías entre aquella capital y Boston. Se calcula que empezará á prestar servicio la línea de dirigibles hacia el 1.º de marzo próximo.

Así las gastan. Y nosotros, entretanto (en este rincón de España, bonito como pocos), nos dedicamos á calcular, no cuándo se abrirá la explotación y al tráfico, sino cuándo se decidirán á construir cierto brazo de ferrocarril que ha de unir á Santiago de Compostela con la Coruña—Marineda de Cantabria,—hoy comunicadas por medio de diligencias y automóviles.

Y á la vez que pensamos, como se piensa en algo poético é irrealizable, en tal ferrocarril, y en otros análogos, que nunca veremos probablemente, nos interesamos por las peripecias de una captura de bandidos, lo mismo que nos habíamos interesado por la horrenda fazaña de éstos en el tren, al asesinar á los guardias encargados de su custodia. Aquel fué el clásico día de la «indignación»; ahora se acerca (ya lo verán ustedes) el del apiadamiento, y si hay que cumplir en esos *outlaws* una sentencia severa y justa, vendrá el día del gran bochorno y sofoco en la ciudad donde se haya de llevar á efecto..., que creo que es Sevilla, y ya anuncia la prensa que se disgustaría hasta lo sumo el vecindario si tal cosa acaeciese...

Dícese que los bandidos se encuentran en un estado de abatimiento profundo. He aquí una desilusión. Yo no les regateo á los bandidos su aureola romántica, con tal que se muestren, hasta la última hora, desdeñosos de la vida, según se mostraron, es tradición, los grandes anárquicos, los guapos de oficio, que al empezar á ejercer uno tan peligroso van bien convencidos de que no morirán en su cama y bebiendo cocimientos de flores cordiales. El *Cojo* y el *Conejero*, tiritando de miedo y preguntando á cada instante cuándo se les va á ejecutar, me parecen la grotesca caricatura de aquel bandidaje español tan pintoresco, el que inspiró á los Merimé, á los Gautier, á los Dumas, el que tenía el colorido de las panderetas y los madroños, el que la guitarra rasgueaba, la manzanilla perfumaba, los cantares realzaban y hasta el amor meridional de las Carmenes coronaban con nimbo de fuego... Y si el desalmado no es valiente como el Cid, ¿qué le resta?

Cubiertos de sangre, cargados de delitos, los bandidos que perpetúan en nuestra patria la leyenda roja tendrían lo único que de estético pueden tener, si viesen venir la muerte como se ve venir á la amiga y libertadora, con la cual ha familiarizado al *guapo* el continuo riesgo. Quien tan fácilmente da la muerte, con igual facilidad debe arrostrarla, ¿qué diantre! No eran obras de caridad aquellas en que se emplearon los bandidos presos, para que esperasen terminar sus días de otro modo; y al menos, el *tal morir* les elevaría un poco, les prestaría la bárbara belleza compatible con su situación, profesión y aventuras...

Es, lo repito, una decepción, que sentimos en el alma los aficionados al color local, los que todavía, con el instinto, gustamos de la España de Roque Guinart y Candelas, aunque, claro está, nuestra razón prefiere á la España seria, industriosa, laboriosa y apacible, en progreso constante y en mayor dignidad ante Europa. Si de nosotros dependiese, ya se deja entender que no habría bandidaje, y en cambio nos inundarían los aeroplanos y los ferrocarriles; no es culpa nuestra si reviven José María y otros famosos reyes de los campos andaluces; mas ya que resurge este tipo tan arrancado de la entraña hispánica, no nos gusta barba deado y rebajado hasta la miseria del temblor.

Con su temblor y su decaimiento, nos quitan esos salteadores el recurso de repetir una vez más lo que acaso forme parte de los errores comunes: que, colocados en otras circunstancias, los que hoy son bandidos serían héroes. Visto está que no lo serían...

Todo degenera, diríamos, si no temiésemos caer en la charca de otra trillada y resobada afirmación, según la cual ya no hay toreros, ni cantantes, ni autores dramáticos, ni castañeras que sepan cocer las castañas como se cocían en tiempos de D. Ramón de la Cruz...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.